

con el epigrafe: *Ensueños y proyectos quiméricos*, en un testamento político que había escrito para su sucesor, concluido y firmado en 7 de noviembre de 1768. En un despacho que en 3 de febrero de 1769 escribió á su embajador en San Petersburgo, conde de Solms, dijo al final: «El conde de Lynar ha llegado á Berlín para casar á su hijo con la hija del conde de Kamecke. Es el mismo que hizo el tratado de paz de Kloster Zeven; gran político que todavía gobierna la Europa desde el rincón de su aldea adonde se ha retirado. Este conde de Lynar alimenta una idea singular, con la cual pretende disponer á todos los príncipes á favor de la Rusia, atendiendo á los intereses de todos, y dando con esto de un solo golpe un aspecto enteramente nuevo á la situación europea. Quiere que la corte de Rusia ofrezca á la de Viena en cambio de su auxilio contra los turcos la ciudad de Lemberg y su territorio y el distrito de Zips; que nos ceda á nosotros la Prusia polaca con la Ermelandia y el protectorado de Danzig, quedándose ella con la parte de Polonia que le conviniere; de modo que no haya envidia entre Prusia y Austria y que ambas potencias rivalicen en auxiliar á la Rusia. Este plan tiene algo de deslumbrador y seduce, y he creído útil comunicarlo á V. Conociendo V. el modo de pensar del conde de Panin, guardará secreto sobre lo que acabo de referir ó hará de ello el uso que crea conveniente; aunque me parece que el plan tiene mas de brillante que de sólido.»

De esta manera, que en nada le comprometía y en un tono de conversacion, como quien refiere alguna opinion académica de un tercero, arriesgó Federico el Grande el primer paso en San Petersburgo á favor de un proyecto que en realidad era desde la primera palabra hasta la última obra suya. El conde de Solms lo puso sobre el tapete en una conversacion que tuvo con Panin, sin decir de dónde venía la idea; el ministro ruso no negó que el distrito de Zips sería para el Austria una adquisicion muy adecuada, pero opinó que lo mejor que podía hacer el Austria sería ayudar á la Rusia contra los turcos y buscar en aquel imperio una indemnizacion por la Silesia. En su opinion no era menester acudir á una division de la Polonia entre las tres potencias para humillar á la Turquía. En vista de esto Federico II no se empeñó mas por de pronto; es decir, ni habló, ni escribió, ni hizo hablar mas sobre este punto, hasta que tuvo la satisfaccion de ver que otro tomaba á su cargo la misma idea, y hasta que la lógica de los sucesos la impuso á todos, como programa de la única solucion práctica que satisfacía á todos, hasta á los mismos polacos, que vieron en su realizacion el único medio de evitar una nueva guerra general. La persona á quien se debió la realizacion del ensueño de Federico, y la que obligó á la emperatriz Catalina á conformarse con lo que Federico jamás le había propuesto directamente, fué el emperador José II, que con este acto se emancipó definitivamente de la tutela política de su madre. En la noche del 17 al 18 de agosto de 1765 había muerto el emperador Francisco I, y le había sucedido en su doble dignidad de rey de romanos y de co-regente de María Teresa, el hijo de ambos José II, que á la sazón contaba 24 años, y que desde el primer día de su autoridad difería abierta u ocultamente del modo de pensar y proceder de su madre. Las relaciones y memorias mas antiguas que se han conservado de él demuestran que este príncipe pensó desde un principio muy distintamente de lo que era uso y tradicion en la corte donde se educó. El jóven archiduque, con grandísimo disgusto de su madre, dió muestras del abismo que le separaba de los políticos de su corte, en los siguientes términos: «Estas buenas almas creen haberlo hecho todo y haber formado un gran hombre para el Estado, cuando su hijo

ayuda á misa, cuando confiesa y comulga cada 15 días, cuando reza el rosario y cuando no lee mas que lo que le permite la inteligencia limitada de su confesor. Si además fija modestamente la vista en el suelo, si sabe ruborizarse en la sociedad, llevar una mano en el cinturon y la otra en el chaleco, hacer una elegante reverencia y preguntar con cortesia: ¿cómo está V.? nadie se atreve á dejar de exclamar: ¡qué guapo chico! ¡qué bien educado! A lo cual yo contestaría: es verdad, si nuestro Estado fuese un convento y nuestros vecinos frailes cartujos.» Había aprendido muy poco de sus maestros y de sus libros, porque le habían enseñado á la manera del Emilio de Rousseau, jugando; pero con su vista clara había observado lo que pasaba alrededor de él y del Austria; había visto desmoronarse un mundo viejo, y la llegada de otro nuevo, del cual Federico el Grande era el héroe, y le pareció vencido de antemano todo vecino de aquel rey que con armas gastadas se empeñara en luchar contra él y contra fuerzas nuevas desconocidas é irresistibles. «Antes, escribió en 3 de abril de 1761, cuando solo contaba 20 años, era cosa admitida la supremacia de las monarquías hoy aliadas: Francia, Rusia, Suecia, el imperio germánico y Austria; y se creía firmemente que bastaba su sola amenaza, sin necesidad de recurrir á las armas, para hacerse la justicia ellos mismos é imponerse á sus vecinos; pero hoy, que el rey de Prusia ha probado á toda la Europa lo que él mismo no creía, á saber, que por sí solo era bastante para resistir á todas las fuerzas unidas de Europa, y hasta á obligarlas á solicitar una paz desventajosa, hoy no puede alimentarse ya la esperanza de que el poder de estas monarquías sea respetado en adelante. Todavía estamos poseídos de la calentura y no sentimos nuestra debilidad; pero cuando nos hayamos tranquilizado, veremos que nos falta todo, y solo entonces nos explicaremos el estado lastimoso en que nos hallamos, y del cual Dios quiera que salgamos con honra.» Nadie en toda la vasta monarquía austriaca tenía entonces la profunda conviccion de su desorganizacion interior, de la ineptitud de sus gobernantes y de la insuficiencia de su infalibilidad tan ensalzada entonces, como este archiduque que estudiando á Federico el Grande había aprendido lo que faltaba para sostener su monarquía sin ajeno auxilio, á saber, «el dominio absoluto que puede hacer todo el bien que exige el Estado y sabe encontrar los medios de sostenerlo sin auxilio extranjero.»

Ninguna afición mostró á los negocios del Estado mientras se limitó su papel á oír lo que otros decían y á admirar lo que hacían. Durante este tiempo se desquitó del tedio que le causaba este papel, redactando un diario en el cual se mofaba cruelmente de las sentencias y de los oráculos de los *Solones* y *Licurgos*, que componían el consejo de Estado, y trazando por otra parte en sus *Ensueños* la nueva Austria que se proponía crear. Solo cuando el destino le elevó á co-regente de su madre se despertaron en él la ambicion de cumplir con su deber y velar por el bien del Estado, y al mismo tiempo el amor al trabajo y la conciencia de su fuerza. Se sintió como quien acaba de nacer en un mundo real que no conocía, cuando escribió á su hermano Leopoldo de Toscana en 12 de setiembre de 1765, que desde las seis y media de la mañana vivía en el torbellino del trabajo hasta medio día; y cuando apenas había comido la última *cucharrada*, se volvía á poner al trabajo hasta la noche. Si era activo en el despacho de los asuntos corrientes, mas lo era en la formacion de proyectos de reformas que elaboró por escrito en memorias extensas en las cuales mostró un desprecio de todo uso y tradicion, una terquedad de juicio, y una impaciencia de reformador que espantaron é indignaron el

corazon de su madre. En uno de los muchos sermones que María Teresa le escribió sobre estos puntos se lee en la carta del 14 de setiembre de 1776: «La imitacion no es ningun mérito que halague. Aquel héroe que tanto ha dado que hablar al mundo; aquel conquistador no tiene ni un solo amigo: ¿no desconfía de todo el mundo? ¿Qué es la vida si destierras de ella la humanidad?—Pareces una coqueta que quiere brillar con su talento; y donde te parece encontrar talento, corres detrás de él sin reflexionar. Un juego de palabras, una frase acertada te cautivan, tanto en un libro, como en un individuo, y los empleas á la primera ocasion sin meditar si convienen ó no; haces casi lo que Isabel (emperatriz de Rusia) con su hermosura; está contenta con tal que agrade á alguno, sea á un soldado de su guardia, sea á un príncipe; con tal que produzca efecto, no pide mas.»

La emperatriz María Teresa quiso el bien de su hijo, y éste tenía ciertamente los defectos que le echaba en cara á cada momento y sin consideracion; pero con todo, la madre no comprendió la causa verdadera que la separaba de su hijo, y que hizo imposible la continuacion del gobierno de ambos. Donde ella solo veía un prurito de imitar y de jugar con frases de efecto, había en el fondo un mundo verdadero, muy distinto del suyo, un mundo de ideas políticas y sociales. María Teresa se sentía herida por la crítica impía que su hijo hacía de las personas y cosas que para ella eran caras, porque se encontraba con verdades tan contrarias á su modo de ser, que no llegó nunca á comprenderlas, aunque no por eso eran menos positivas; como por ejemplo la de que el hombre de Estado ha de olvidar la mansedumbre de su carácter cuando se trata de grandes intereses de que está encargado, y de cuya administracion es responsable. José II cometió muchísimos errores en su política interior, y mas todavía en la exterior; pero nadie ha mirado como él su mision de gobernante cual sacerdocio sagrado que debe anteponerse á todo, y siempre que se trató de cumplir su deber procedió conforme á su lema varonil: «gritarán mucho, pero esto no dañará á los buenos, y de los pillos me rio.»

A fines de 1775 consignó su fe política en una memoria elocuentísima que es una verdadera mina para estudiar la índole y carácter de este soberano. Hacia el final se leen estas palabras: «Todo lo que hay en el mundo puede ser bueno, despojándolo de sus defectos y aumentando sus ventajas. La preocupacion mayor y mas funesta es el temor de tocar á los abusos y de herirlos. Mucho valor y todavía mas amor patrio se necesita para hacer en este siglo el papel de innovador. Nada mas cómodo y mas fácil de grabar en una inteligencia extraviada, que la indolencia y el dejar ir las cosas como se encuentran, sin meditar sobre ellas. Algun día tendremos que responder del bien que debíamos hacer, y no hicimos.»

Lo que faltaba al Austria era la unificacion del poder soberano, la union de la voluntad y de la fuerza en el jefe supremo. Los muchos miembros heterogéneos, Estados y provincias que componían el cuerpo del Austria necesitaban una cabeza, la cabeza de un despota ilustrado, la que José sabía que tenía sobre sus hombros. Había proyectado con todos sus pormenores una reorganizacion completa del régimen gubernativo, y de la administracion de la monarquía austriaca. Esta reorganizacion era imposible si María Teresa no cedía á su hijo el poder y la autoridad efectiva, reservándose solamente los honores de soberana; pero á pesar de que su hijo le dijo en su memoria: «nada propongo que no sea capaz de hacer y que no esté dispuesto á llevar á cabo mediante las órdenes de V. M.», no quiso su madre darle estas órdenes ni mucho menos cederle la mas pequeña parte de sus derechos de soberana. Tampoco accedió María

Teresa á realizar por sí sola los proyectos de su hijo, á excepcion de algunas economías en el gasto de la corte, como la supresion de la guardia suiza, y de una operacion financiera muy útil para el gobierno, y para cuya realizacion regaló José al tesoro toda su herencia paterna en metálico, consistente en 22 millones de florines. Fuera de esto, todo lo demás se quedó como estaba antes, con grandísima desesperacion y profundo desconsuelo del hijo, el cual se negó en adelante á firmar los decretos de su madre, ya que no tenía influencia alguna en sus resoluciones. Además solicitó el permiso de hacer preceder en adelante su firma de las letras E. C. (*ex consilio*), ó bien Q. C. (*qua corregens*) con la intencion (que no entendió su madre) de descargarse de toda responsabilidad en las disposiciones de la emperatriz. Este conflicto que dió lugar á una correspondencia penosa entre madre é hijo, principió en el mes de enero del año 1769 y acabó con la sumision de José á la voluntad de su madre; pero continuó la repugnancia interior del príncipe, la cual se aumentó cuando para desquitarse de su impotencia en el interior se abrió un campo de accion independiente en el ramo de la política extranjera, donde la emperatriz no podía gobernarle á su antojo.

La entrevista de José con Federico, el *hombre malo* cuyos actos la emperatriz jamás pudo olvidar ni perdonar, fué el primer eslabon de una cadena de sucesos que dieron á María Teresa primero muchísimo cuidado, que luego le causaron grandísimas angustias, y que finalmente le arrancaron lágrimas de dolor porque no le era dado detener su curso.

Su encantadora hija Antonieta que había nacido en 2 de noviembre de 1755, prometida, niña todavía, al Delfín de Francia, fué educada en gran parte por el abate Vermond como destinada á figurar dignamente en el trono de Francia. Su madre quería que como reina tomara bajo su proteccion la alianza del año 1756 formada entre Francia y Austria contra el enemigo hereditario de esta última, el rey Federico de Prusia, y sin embargo su hijo por otros motivos tuvo que celebrar una entrevista con su enemigo y entrar con él en negociaciones que podían implicar un rompimiento con la Francia y echar á perder todos sus cálculos y el trabajo principal de su vida. Es preciso comprender bien esta disposicion de ánimo de una madre que tiembla por el porvenir de su hija, para formar una idea del efecto que produjo en ella la carta que le escribió su hijo desde Neisse en 29 de agosto de 1769, en la cual le refería su entrevista con el rey de Prusia, principiando con estas palabras: «El rey nos ha colmado de obsequios y muestras de amistad. Es un gran genio y sabe hablar maravillosamente; pero en cada expresion suya se ve que en el fondo es un hombre solapado (*fourbe*).»

Esta célebre entrevista de Neisse originó una correspondencia que dió un resultado positivo: la conservacion de la paz en Alemania durante la guerra turco-polaca; resultado que no había dado en su día el tratado de Westminster del 16 de enero de 1756 que no pudo evitar la guerra marítima anglo-francesa. Los dos monarcas se prometieron mutuamente bajo su palabra de honor y su fe de soberanos sostener incólume la paz de Hubertusburg, y no atacarse en ningun caso uno al otro, aunque estallaran nuevas hostilidades entre Francia é Inglaterra, ni aunque sobreviniese otra guerra cualquiera cuyo motivo no podía preverse todavía, (como por ejemplo cuando la guerra de la Turquía contra la Rusia tomase para esta última el giro que tomó tan favorable). Con este convenio verbal quedó asegurada la neutralidad de Alemania, la cual se vió apartada de toda contingencia de guerra, al mismo tiempo que los dos soberanos conservaban su libertad de accion fuera de Alemania. Fede-

rico no dejó de conocer en las muchas y prolongadas conversaciones que tuvo con el joven emperador José II que éste haría un uso muy amplio de esta libertad, y comunicó esta idea á su ministro Finkenstein en su carta del 2 de setiembre en los términos siguientes: «El emperador es persona de genio vivo, amable y simpático. Tiene ideas serias, y afición al ramo militar. Me ha asegurado que ha dado al olvido la Silesia, lo cual yo sé apreciar en lo que vale. Despues me ha propuesto una reduccion mutua de nuestras fuerzas militares, á la cual me he negado en los términos mas corteses. La ambicion le devora: en este momento no sé decir todavía á dónde dirige sus miradas, si á Venecia, ó á Baviera ó á la Lorena, pero es seguro que tan pronto como tenga en sus manos el poder, arderá la Europa en guerra.» Posteriormente Federico en sus memorias acerca del período de 1763 hasta 1775, dijo hablando de la impresion que le causó José II en la citada entrevista, lo siguiente: «Este joven príncipe afectó una franqueza que pareció natural; su carácter amable presentaba una mezcla de gran viveza y de carácter alegre. Dotado de un gran deseo de aprender, carecia de paciencia para instruirse; su elevada posicion le hacia superficial; y lo que pintaba su carácter mas de lo que acabamos de decir, eran ciertas expresiones que se le escapaban contra su voluntad, y que revelaron la excesiva ambicion que le devoraba.»

No se ocultó un solo momento á Federico que tan repentina disposicion amistosa del Austria no era debida á su buena cara, sino á su alianza con la Rusia; por esto escribió en 26 de noviembre á su hermano Enrique: «¿No es la alianza que hemos hecho con la Rusia la que obliga á la corte de Austria á mostrarse complaciente? Mientras esta alianza exista, el Austria no puede emprender nada.» La aproximacion del Austria tuvo á su vez el resultado de que la emperatriz Catalina redujera sus exigencias á límites mas modestos. Se contentó con que Federico le prestara su auxilio contra los turcos en dinero y no en tropas, segun permitia por lo demás el convenio; y garantizó en un nuevo tratado del 12 de octubre de 1769, que renovó el de 11 de abril de 1764, sin reserva alguna los derechos de la corona de Prusia sobre Bayreuth y Anspach, en cambio de la obligacion sabida de la Prusia respecto de la Suecia. Las pretensiones de la emperatriz Catalina eran mucho mas amplias, porque lo que ella queria, era ligar á Federico II de tal manera, que á cualquier momento propicio pudiese comprometerle en una guerra con la Suecia á fin de distraerle de la absorcion de Polonia; y si se contentó con mucho menos en el convenio citado, fué únicamente en consideracion á la nueva posicion que el rey de Prusia habia ganado en la entrevista de Neisse.

Entre tanto los rusos habian llegado á las manos con los turcos y la lucha habia tomado un giro que excedia las esperanzas mas atrevidas de Catalina II, despertando á la vez los mas serios temores en las cortes de Berlin y de Viena.

Considerada militarmente toda esta guerra, hizo una impresion lastimosa en Federico el Grande. La Puerta, sin reflexionar nada, habia declarado la guerra seis meses antes de poder empezarla, y con la prision del embajador ruso Obreskoff no habia hecho mas que dar un aviso impremeditado á su adversario, para que reorganizase á toda prisa su ejército, completamente abandonado, y le preparase para la campaña del año siguiente. Inauguróse esta campaña en el verano de 1769 en condiciones que describió Federico el Grande en sus memorias del modo que sigue: «Los generales de Catalina carecian de los conocimientos mas elementales de la táctica y del arte de dirigir sitios; sin embargo, eran mas ignorantes los generales del sultan; de modo que

para formar idea de esta guerra hay que figurarse una partida de tuertos que apalea á otra de ciegos, y que finalmente queda vencedora.» Aun siendo tan mala la direccion de las fuerzas rusas, lograron estas vencer á las turcas que no tenian ni cohesion, ni viveres, ni oficiales. Alrededor de la plaza de Khotin entablóse una empeñada lucha que acabó con un ataque de los turcos en 16 de setiembre al campamento ruso; y siendo rechazados con grandísimas pérdidas huyeron en completo desorden hasta el Danubio, dejando á merced de los rusos la Moldavia y la Valaquia. Voltaire felicitó á la emperatriz en 30 de octubre de 1769: «¡Allah, Catalina! He tenido razon yo y he sido mejor profeta que Mahoma. Dios y vuestras tropas victoriosas me escucharon cuando canté: *Te Catharinam laudamus, te dominam confitemur!*»

Los cristianos griegos del Danubio recibieron á los rusos como libertadores; en Jassy y Bucharest los boyardos y los archimandritas con todo su clero prestaron sumision á la Rusia. Para libertar tambien á los griegos de la Morea, que en el verano anterior habian solicitado el auxilio de la emperatriz contra el yugo turco, mandó esta dos escuadras á aquellas aguas; una mandada por el almirante Spirtoff, y la otra á las órdenes del inglés Elphinston. Si entonces hubiese existido una buena inteligencia entre Inglaterra, Francia y España, jamás habria podido ir una escuadra rusa desde el Báltico al Mediterráneo. Inglaterra no comprendia entonces todavía que su peor adversario en Oriente habian de ser los rusos; los ingleses los trataron como amigos, dejaron que un compatriota suyo mandara una escuadra rusa, y que esta entrara en los puertos ingleses para acabar su armamento, y el gobierno inglés contestó al duque de Choiseul, que con instinto muy práctico le propuso sorprender y capturar á las escuadras rusas, que la Inglaterra miraria todo acto de hostilidad contra la escuadra rusa, como dirigido contra la Inglaterra misma. Bajo la proteccion de Inglaterra entraron, pues, las escuadras de Catalina II en la primavera de 1770 en el Mediterráneo para libertar á los griegos del yugo de los turcos; pero el resultado fué una decepcion por ambas partes. Catalina escribió sobre esta expedicion: «Los griegos, esos espartanos, están completamente degenerados; les gusta mas robar que ser libres.»

Las bandas escasas griegas habian sido dispersadas por los turcos y albaneses antes de que los rusos llegaran y pudiesen prestarles auxilio. Los rusos que á las órdenes de Alejo Orloff desembarcaron tuvieron que reembarcarse á toda prisa para defenderse contra la escuadra turca, lo cual hicieron con brillantísimo éxito, derrotándola en 5 de julio cerca de la isla de Chio, y quemando al día siguiente en la bahía de Chesme los buques que se habian librado de la derrota.

Mientras esto sucedia en el archipiélago griego el pequeño ejército ruso derrotaba al Khan de los tártaros de Crimea á orillas del rio Larga, y en 1.º de agosto el mismo ejército mandado por Rumantsoff desbarató al del mismo gran visir á orillas del Ragul (1). Esperábanse en Viena y en Berlin súplicas apremiantes de parte de la Turquía para inducir á las dos cortes á servir de mediadoras con la Rusia á fin de obtener una paz pronta y no demasiado humillante; y esperábanse tambien de parte de la Rusia comunicaciones con un programa de exigencias exageradas para el caso de que se abriesen las negociaciones de paz, cuando el rey Federico llegó, en 3 de setiembre de 1770, á Neustadt, cerca de Brünn, en Moravia, para devolver la visita al emperador de

(1) Véase SOREL, *La question d'Orient au XVIII siècle. Les origines de la triple alliance.* Paris, 1879.

Alemania José II, que en la citada poblacion habia dispuesto grandes maniobras militares.

Si en Neisse el rey Federico habia tratado directamente con el emperador José, no sucedió lo mismo en Neustadt, donde José II se cuidó exclusivamente de la direccion de las maniobras militares, mientras el gran canciller de su madre, el príncipe de Kaunitz, discutia con el rey de Prusia las cuestiones políticas del momento. En estas conferencias ambos estuvieron de acuerdo en la necesidad urgente de restablecer cuanto antes una paz equitativa entre la Sublime Puerta y la Rusia. En la misma primera noche de la llegada del rey llegó tambien un correo del caimacan con pliegos para los representantes de Austria y Prusia, los señores Thugut y Zegelin, implorando de parte del gobierno de Constantinopla la mediacion de las dos potencias. Kaunitz suplicó al rey de Prusia que por lo pronto se dirigiese él solo al gabinete de San Petersburgo para indagar sus disposiciones en este concepto, acompañando su pregunta con razones de bastante peso y un tono enérgico para inducir á su emperatriz (como llamó repetidas veces á Catalina II en el curso de la conversacion, en contraposicion á la suya que era Maria Teresa, es decir, como si cada uno de los dos interlocutores tuviese una emperatriz á quien atender) á admitir en las negociaciones con la Puerta la mediacion de las dos potencias. Del resto de la conversacion sacó el rey de Prusia suficientes datos para servirse de ellos cerca de su emperatriz, mostrándole la actitud amenazadora del Austria, para hacerle comprender la necesidad de reducir sus exigencias á proporciones equitativas. Accedió, pues, al deseo de Kaunitz, encargándose de la primera negociacion, dejando encantado al canciller austriaco, que en el relato que hizo á su soberana, en 7 de setiembre, no supo cómo expresar su grandísima satisfacion por la viva impresion que habia causado en el rey de Prusia, y por la docilidad con que este habia admitido las rectificaciones que le hizo el canciller de sus ideas *confusas, impremeditadas y hasta infantiles*. Cuando regresó á Viena se llevó, con la conviccion de su habilidad diplomática superior, la de que el rey de Prusia antes que nadie, y sobre todo antes que el gobierno de Austria, seria el que riñese con la Rusia por el asunto de la mediacion.

Desde entonces la política de Austria penetró cada vez mas en sendas cuyo verdadero término no debió de ver Maria Teresa, cuando dió su asentimiento á los primeros pasos. Ya en febrero de 1769, es decir, muchos meses antes de llegar á las manos rusos y turcos, las tropas austriacas habian formado un cordón á lo largo de las fronteras de Polonia, plantando postes con el águila imperial en todos los puntos donde la línea divisoria podia haber dado lugar á dudas. Con estos mismos postes habian señalado un territorio polaco, el de las 13 ciudades del Zips, que habia pertenecido antiguamente á la Hungría, pero que habia sido cedido por ésta á la Polonia en 1412 en clase de prenda pretoria, sin haberlo redimido desde entonces. Este territorio estaba separado de la verdadera Polonia por la cordillera elevada de Tatra, y rodeado en lo demás casi enteramente de territorio húngaro. Viendo que las confederaciones faciosas lo invadían y asolaban, el mismo rey de Polonia, Estanislao Poniatowski, habia solicitado su ocupacion interina por fuerzas austriacas, solicitud á la cual habia accedido Kaunitz, pero no oficialmente como excitado por el rey de Polonia, porque esto habria sido mirado como una participacion del Austria en la desgraciada contienda de las facciones polacas, sino simplemente con el pretexto de asegurar las fronteras sin perjuicio ninguno de los derechos que la corona polaca tuviera sobre este territorio. Así hizo publicar el gobierno austriaco su ocupacion en las ciudades del Zips,

y así lo participó á los embajadores extranjeros acreditados en Viena y muy especialmente al de Polonia; por manera que oficialmente consideradas, las intenciones del gabinete de Viena parecian intachables y puras. La misma apariencia presentaron cuando las proposiciones del general Mokronowski, agente que la confederacion polaca del Bar, de la cual ya sabemos que formaba parte tambien el rey Estanislao, tenia en Paris. El general Mokronowski dijo al representante austriaco, conde de Mercy, que la república confederada necesitaba dinero y que estaria dispuesta á restituir á la ilustre casa de Austria el territorio de Zips á cambio de una *cantidad modestísima*, pero el representante austriaco contestó: «que su corte, cuyos sentimientos generosos eran conocidos de todo el mundo, no acostumbraba á pescar en rio revuelto.» Con esta contestacion estuvo tambien muy conforme el canciller Kaunitz.

Hasta entonces ninguna reclamacion se habia hecho por ninguna potencia contra la ocupacion del citado territorio. Pero al mariscal de campo Seeger, encargado en febrero de 1770 de fijar los límites entre el distrito de Zips y la Polonia propiamente dicha, le pareció que aquel mismo territorio, cuando se empeñó tres siglos y medio antes, debía de comprender una superficie mucho mayor de la que posteriormente se habia creído, y la cual se limitaba á las 13 ciudades pequeñas. Comunicó esta idea á su gobierno, y recibió, probablemente á instancias del emperador José II, un billete de la emperatriz encargándole que hiciese investigaciones para descubrir lo que hubiera de verdad en el asunto. A este billete, fechado en 27 de febrero, siguió otro fecha 27 de abril y un tercero escrito en 6 de junio de 1770. Se descubrieron efectivamente documentos, de los cuales infirió Maria Teresa que el mariscal de campo Seeger tenia razon en su creencia, y en 19 de junio escribió al presidente de su consejo supremo de guerra conde de Lacy, que habia mandado avanzar los postes con las águilas imperiales hasta el límite del territorio de Zips tal como resultaba de documentos antiguos; por manera que las águilas imperiales señalaron por fronteras además del territorio de las 13 ciudades, los territorios meridionales de las estarostias de Sandecz, Neumarkt y Czorstyn como partes integrantes aunque empeñadas, de la corona de Hungría.

Esto era ya demasiado hasta para el pacientísimo rey Estanislao; y su gran canciller el obispo Mlodzieiowsky presentó queja al gobierno austriaco en 28 de agosto, pidiendo que se retirasen los postes con las águilas. El príncipe Kaunitz aconsejó á su soberana que rechazara cortésmente esta pretension y consolará al rey de Polonia con la esperanza de un arreglo posterior amistoso de la cuestion de límites. Así se hizo; pero el canciller austriaco no quedó muy tranquilo respecto de las consecuencias á que podria dar lugar esta conducta; porque al recibir otra comunicacion del gran canciller de Varsovia insistiendo en la retirada de los postes, escribió á la emperatriz: «Tengo el honor de presentar á V. M. la adjunta carta, y segun lo que oigo de todas partes sobre el valor legal de nuestros títulos, temo mucho que este hombre tenga razon al calificar de conquista lo que aquí se ha creído poder emprender.» La emperatriz puso al margen de esta carta de su propio puño en francés: «*J'ai très mince opinion de nos titres, tengo muy pobre opinion de nuestros títulos.*» De esta doble confesion se ha inferido con justicia que el móvil en todo este asunto fué el emperador José que sin cuidarse de documentos antiguos ni modernos indujo á la emperatriz y á su gran canciller á apoderarse de los citados distritos.

De la misma manera se puede admitir como indudable que fué él quien persuadió al administrador interino de los